

Sophie Hannah

LA CUNA VACÍA



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2014

Título original: *A Room Swept White*

© Sophie Hannah, 2010

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2010
por Hodder & Stoughton una empresa de Hachette UK

© de la traducción, 2014 por Josep Escarré Reig

© de esta edición, 2014 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2014

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A

www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 27.178-2013

ISBN: 978-84-15355-60-1

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo Blasco

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Anne Grey, que, entre muchas otras valiosas muestras de sabiduría, me hizo conocer el dicho que reza: «No te tomes nada personalmente, ni siquiera cuando lleve tu nombre escrito». Esta dedicatoria no contradice en absoluto la verdad de ese consejo.

Ray Hines

Transcripción de la entrevista 1

12 de febrero de 2009

(La primera parte de la entrevista –los primeros cinco minutos– no fue grabada. RH sólo me permitió grabar cuando dejé de preguntarle por los detalles de su caso. Orienté la conversación hacia HY, pensando que entonces se expresaría con más libertad.)

RH: Vi a Helen Yardley en una ocasión, eso es todo. ¿Qué quiere que le diga de ella? Creía que era yo quien le interesaba.

LN: Me interesa y mucho. Pero no parece usted dispuesta a hablar.

(Pausa.)

LN: No quiero saber nada concreto de Helen. No intento...

RH: La vi en una ocasión. Unos días antes de que apelara. Todo el mundo quería que saliera. No sólo las mujeres. También los miembros del personal. Nadie creía que fuera culpable. El responsable de eso fue usted.

LN: Yo sólo aporté una pequeña parte del esfuerzo. Hubo...

RH: Usted fue la cara pública y la voz que más se oía. Me dijeron que usted me sacaría. Mis abogados, casi todo el mundo que conocí dentro. Y me sacó. Gracias a usted y a la oportunidad del momento en que sucedió, los pequeños roces que tuve con la gente imbécil de Durham y Geddhams Hall fueron relativamente llevaderos.

- LN: ¿La oportunidad del momento?
- RH: La opinión pública estaba cambiando ya cuando me condenaron. La eficacia del trabajo de usted estaba surtiendo efecto. Si me hubieran juzgado un año después, me habrían absuelto.
- LN: ¿Igual que a Sarah, quiere decir?
(*Pausa.*)
- RH: No pensaba en Sarah Jaggard.
- LN: La juzgaron en 2005. Un año después que a usted. Y a ella la absolvieron.
- RH: No pensaba en ella. Pensaba en mí misma, en la posibilidad de que me hubieran juzgado un año después.
(*Pausa*)
- LN: ¿Qué? ¿Por qué sonrío?
- RH: La identidad grupal es importante para usted. Como para Helen Yardley.
- LN: Prosiga.
- RH: Nosotras. Las mujeres por las que usted batalló. Dice «Helen» y «Sarah» como si fueran amigas mías. No sé nada de ninguna de las dos. Y lo poco que sé me indica que no tenemos nada en común, salvo lo evidente. El marido de Helen Yardley estuvo a su lado todo el tiempo, ni una sola vez dudó de su inocencia. Y eso es algo que no tenemos en común.
- LN: ¿Ha sabido algo de Angus desde que salió?
(*Larga pausa.*)
- LN: Imagino que es difícil para usted hablar de eso. ¿Volvemos a Helen y a Sarah? Ellas no la conocen a usted más que usted a ellas, sin embargo he hablado con ambas y puedo asegurarle que sienten una gran afinidad con usted. Por lo que usted llama «lo evidente».
(*Pausa.*)
- LN: Ray, es usted excepcional. La tragedia que vivió es exclusivamente suya. Eso lo sé. Y no trato de minimizar su dere-

cho a la individualidad. Espero que lo entienda. Lo único que digo es que...

RH: Sarah Jaggard fue absuelta. Fue acusada de matar a un niño que no era suyo. En su caso hay menos elementos en común conmigo que entre el mío y el de Helen Yardley.

(Pausa.)

LN: Escuche, Ray, yo lo entendería totalmente si dijera que ha habido momentos en que ha odiado a Helen y a Sarah. También ellas lo entenderían.

RH: ¿Por qué tendría que odiar yo a dos mujeres a las que no conozco?

LN: Sarah fue absuelta. Es verdad que tuvo que soportar un juicio, pero obtuvo un veredicto de inculpabilidad. Es el veredicto que habría debido obtener usted. En el ínterin permaneció usted encerrada, preguntándose si saldría alguna vez. Habría sido de lo más normal que sintiera usted envidia de ella, incluso que en sus momentos más desesperados deseara que su veredicto hubiera sido otro. Y Helen... bueno, usted misma lo ha dicho, todo el mundo sabía que no era culpable. Su recurso se vio en el momento en que usted llegaba a Geddham Hall. Cuando supo que ella iba a salir libre, y se enteró de que usted iba a seguir encarcelada, es comprensible que la odiara, que deseara que se desestimara su recurso. Nadie se lo habría reprochado.

RH: Me alegro de que esté grabando todo esto. Me gustaría decir con absoluta claridad, para que conste, que no sentí nada de cuanto usted me atribuye.

LN: Escuche, yo no...

RH: No envidié la absolucón de Sarah Jaggard. No quise que se desestimara el recurso de Helen Yardley. Ni siquiera durante una fracción de segundo tuve esos pensamientos. Quiero que esto quede completamente claro. Yo jamás desearía que condenaran a nadie por un delito que no ha cometido.

Y nunca querría que desestimaran un recurso si la persona juzgada es inocente de lo que se le imputa.

(Pausa.)

RH: Supe que se había admitido el recurso cuando oí explosiones de júbilo por todas partes. Todas las mujeres habían estado con la cara pegada a los televisores. Incluso las guardianas.

LN: ¿Usted no?

RH: No me hacía falta. Sabía que Helen Yardley saldría en libertad. ¿Fue ella quien lo convenció de que yo la envidiaba?

LN: No. Helen siempre se ha referido a usted en términos elogiosos...

RH: La única vez que la vi no fue por casualidad. Vino en mi busca. Quería hablar conmigo antes de interponer recurso, por si no volvía a Geddam. Me dijo lo que acaba usted de decir, que sería lógico que la envidiara y estuviese resentida con ella si la dejaban en libertad, y que no me lo reprocharía, pero quería que yo supiera que ya me llegaría el momento: que también yo recurriría y que ganaría la apelación. Que me pondrían en libertad. Mencionó el nombre de usted. Dijo que usted la había ayudado y que estaba igualmente decidido a ayudarme a mí. No puse en duda sus palabras. Nadie podría poner en duda su abnegación, nadie que haya oído hablar de usted... ¿y quién no ha oído hablar de usted a estas alturas?

(Pausa.)

LN: Entonces podemos decir que Helen es amiga suya, después de todo.

RH: Si se puede llamar amiga a la persona que desea nuestro bien, entonces supongo que lo es. Milita en el movimiento JPCI y apoyó mi causa. La verdad es que no lo entiendo. Estaba en la calle, libre. ¿Por qué no se limitó a seguir con su vida?

- LN: ¿Habría hecho usted eso?
- RH: Es lo que trato de hacer. No queda nada de mi antigua vida, pero me gustaría comenzar de nuevo.
- LN: También Helen quiere seguir viviendo su vida, es lógico. Pero fue víctima de una tremenda injusticia y sabía que usted estaba en el mismo caso, usted y otras personas... Dorne Llewellyn sigue en prisión.
- RH: Oiga, no tengo ganas de hablar de otras personas, ¿entendido? No quiero formar parte de su peña de personas condenadas injustamente. Estoy sola, lo cual no es tan malo cuando una se acostumbra, y si alguna vez opto por no estarlo, quiero que sea por voluntad propia. No quiero pensar en otras mujeres. Me irá mejor si no pienso. Usted ya tiene su causa y su bandera: no se esfuerce para que también sean mías.
(Pausa.)
- RH: No quiero estropearle el programa, pero no me hable de justicia e injusticia. Esas cosas no existen.
(Pausa.)
- RH: Bueno, no existen, ¿estamos? Definitivamente no.
- LN: Yo creo firmemente que las dos cosas existen. Y procuro promover la primera e impedir la segunda. Es el objetivo de mi vida.
- RH: Eso de la justicia es una idea bonita, pero nada más. La hemos inventado, los seres humanos, porque nos gustaría que fuera real, pero la verdad es que no lo es. Fíjese... Para que lo entiendan quienes escuchen la grabación, tengo un posavasos metálico en la mano. ¿Qué pasará si lo suelto?
- LN: Que caerá al suelo.
(Ruido apagado del posavasos al llegar a la alfombra.)
- RH: Por la fuerza de gravedad, ¿no? Creemos que la gravedad existe y en eso no nos equivocamos. Podría coger ese posavasos, y ese otro, y ese otro, y soltarlos; y todos caerían

al suelo. Pero ¿y si sólo cayera uno y los demás flotaran en el aire ante nuestros ojos, o salieran disparados hacia el techo? ¿Y si usted hubiera visto que sucedía así? ¿Seguiría creyendo en la gravedad si las cosas cayeran sólo de vez en cuando?

LN: Entiendo lo que trata de decirme, pero...

RH: De vez en cuando ocurren cosas buenas a las buenas personas. Y ocurren cosas malas a las malas personas. Pero es por casualidad, por pura coincidencia aleatoria. Como cuando sucede al revés: que a las buenas personas les sucedan cosas malas.

LN: Pues a eso es a lo que yo llamo injusticia: a que el sistema trate a las buenas personas como si fueran malas.

RH: La justicia existe tanto como Papá Noel.

LN: Ray, tenemos todo un aparato jurídico dedicado a...

RH: ... a procurar que se haga justicia. Lo sé. Y cuando era niña, me sentaba en las rodillas de un hombre vestido de rojo y blanco y con una larga barba, y me hacía un regalo. Pero era una fantasía. Una fantasía que hace que la gente se sienta mejor. Sólo que no es así: hace que se sienta peor cuando la ilusión se rompe en pedazos. Por eso, cuando medito sobre lo que me ha sucedido, pienso que soy una persona que ha tenido una suerte pésima, no que he sido víctima de un fallo del sistema. ¿Por qué voy a torturarme creyendo que hay en el mundo una fuerza misteriosa que arregla las cosas al gusto de la buena gente, pero que a mí me ha fallado o me ha pasado por alto? No, gracias. ¿Y la gente? La gente no comete actos injustos porque esté motivada por una fuerza difusora del mal. La gente la pifia mientras explota sus habilidades y hace las cosas lo mejor que puede, lo cual casi nunca es suficiente, y en algunos casos ni siquiera hace las cosas lo mejor que puede y la conducta de unos repercute en otros y... Bueno, lo que quiero decir es que la vida es caótica e indiscrimina-

da. Las cosas ocurren y ya está, y no tiene que haber un motivo.

(Pausa.)

RH: Sería mejor que se olvidara usted de la justicia y se concentrara en la verdad.

LN: ¿Cree usted en la verdad?

RH: Totalmente. La verdad existe siempre, incluso cuando las personas se creen las mentiras. La verdad es que yo no maté a mis criaturas. Las quería, más de lo que usted imagina y nunca hice daño a ninguna, de ninguna de las maneras.

LN: Eso lo sé, Ray. Y ahora lo saben también los demás.

RH: La verdad es que Helen y Paul Yardley son personas que seguramente invertirían todo su tiempo y todas sus energías para socorrer a desconocidos, y puede que también Sarah Jaggard y su marido... no me acuerdo de su nombre...

LN: Glen.

RH: Puede que también ellos sean así. Pero yo no. Lo cual no tiene importancia porque ya los tiene a ellos para hacer su programa. No me necesita a mí para que se lo eche a perder diciendo lo que pienso.

LN: No echará a perder nada. Todo lo contrario. Su historia es...

RH: Mi historia enturbiará sus aguas. Soy una drogadicta que mintió ante el tribunal o mintió antes de ir a juicio: elija lo que más le guste. Sus espectadores de la clase media inglesa se sentirán inflamados de santa y puritana ira cuando conozcan la vida ejemplar de Helen Yardley, la respetable cuidadora de niños, felizmente casada, adorada por los niños a su cuidado y los progenitores de estos niños, y por todos cuantos la han conocido... y a continuación pasará usted a mi caso y perderá todo lo que ha ganado. Mucha gente sigue creyendo que soy culpable.

LN: Por eso es de la máxima importancia que forme usted parte del programa y diga la verdad: que usted no mintió, ni en

el juzgado ni fuera de él. Que estaba usted traumatizada y que le falló la memoria, como suele ocurrir cuando las personas están bajo una gran tensión emocional. Cuente la verdad en este contexto, Ray, en el contexto de mi película, y el público la creerá. La creerá, se lo prometo.

RH: No puedo hacerlo. No quiero involucrarme en esto. Apague este chisme.

LN: Pero Ray...

RH: Apáguelo.

www.telegraph.co.uk
Miércoles, 7 de octubre de 2009, 9.22 h
informa Rahila Yunis

MADRE INJUSTAMENTE CONDENADA ENCONTRADA MUERTA EN SU CASA

Helen Yardley, la cuidadora de niños injustamente acusada de haber matado a sus dos hijos pequeños, fue encontrada muerta el lunes en su casa de Spilling. La señora Yardley, de treinta y ocho años, fue encontrada muerta por su marido, Paul, de cuarenta años de edad, de oficio techador, cuando volvió del trabajo a última hora de la tarde. La policía piensa que la muerte se ha producido en «circunstancias sospechosas». El comisario Roger Barrow, de la policía de Culver Valley, ha dicho: «Es todavía demasiado pronto para sacar conclusiones porque la investigación se encuentra en su fase inicial, pero podemos asegurar a la familia de la señora Yardley y al público que vamos a emplear a fondo todos nuestros recursos en este caso. Helen y Paul Yardley han pasado ya momentos de angustia intolerable. Es de capital importancia que resolvamos esta tragedia con discreción y eficacia».

La señora Yardley fue acusada en noviembre de 1996 de haber matado a su hijo Morgan en 1992 y a su hijo Rowan en 1995. Los niños tenían al morir 14 y 16 semanas, respectivamente. La señora Yardley fue declarada culpable por un jurado popular que la condenó por 11 votos contra 1, y fue sentenciada a dos cadenas perpetuas. En junio de 1996, mientras estaba en su casa, en libertad bajo fianza, en espera del juicio, dio a luz a una niña, Paige, que fue confiada a una familia de acogida y posteriormente adoptada. Entrevistado en octubre de 1997, el mismo día que se conoció el veredicto del tribunal de asuntos familiares, Paul

Yardley declaró: «Decir que Helen y yo estamos destrozados es decir poco. Tras perder dos niños por muerte súbita infantil en su momento, hemos perdido ahora a nuestra querida hija por culpa de un sistema que acosa a las familias acongojadas robándoles a sus hijos. ¿Quiénes son esos monstruos para decidir que hay que destruir la vida de personas inocentes y respetuosas de la ley? Ni les importamos nosotros ni les importa la verdad».

En 2004, la Comisión para la Revisión de Casos Criminales, que investiga los posibles errores cometidos por los tribunales, interpuso recurso de apelación contra la sentencia que condenaba a la señora Yardley a raíz de las dudas que sus defensores plantearon sobre la integridad de la doctora Judith Duffy, que declaró como experta en el juicio. La señora Yardley fue puesta en libertad en febrero de 2005 cuando tres jueces del tribunal de apelación anularon la sentencia condenatoria. La acusada había mantenido en todo momento que era inocente. Su marido la apoyó durante todo su calvario, trabajando «20 horas diarias, todos los días de la semana», según una fuente próxima a la familia, para limpiar el nombre de su mujer. El señor Yardley contó con la ayuda de parientes, amigos y muchos progenitores de niños cuidados por la señora Yardley.

La periodista Gaynor Mundy, de cuarenta y tres años, que colaboró con la señora Yardley en su libro de recuerdos *Nada más que amor*, publicado en 2007, dijo: «Todos cuantos conocían a Helen sabían que era inocente. Era una persona dulce, amable y bondadosa que jamás haría daño a nadie».

El periodista y productor de televisión Laurie Nattrass desempeñó un papel de primer orden en la campaña en pro de la liberación de la señora Yardley. Anoche declaró: «No puedo expresar con palabras la tristeza y la ira que siento. Puede que Helen muriese ayer, pero le quitaron la vida hace 13 años, cuando fue declarada culpable de crímenes que no había cometido, de la muerte de sus dos queridos hijos. No contento con los castigos que ya le había infligido, el Estado amputó el futuro de Helen se-

cuestrando –pues no hay otra palabra para describirlo– a la última criatura que le quedaba».

Nattrass, de cuarenta y cinco años, director creativo de Binary Star, empresa mediática con sede en el Soho, ha ganado numerosos premios por sus documentales sobre los errores de la justicia oficial. «En los últimos siete años, he dedicado el noventa por ciento de mi tiempo a defender a mujeres como Helen, investigando por qué se cometen errores de tan perniciosas consecuencias en tantísimos casos», ha dicho.

El señor Nattrass conoció a la señora Yardley cuando la visitó en 2002 en Geddham Hall, la cárcel de mujeres de Cambridgeshire. Juntos fundaron el grupo de presión JPCI (Justicia para Progenitores y Cuidadores Inocentes), anteriormente denominado JMI. El señor Nattrass declaró: «Al principio lo llamamos Justicia para las Madres Inocentes, pero no tardó en ponerse de manifiesto que también padres y canguros eran acusados y condenados por error. Helen y yo queríamos ayudar a todas las personas cuya vida hubiera sufrido un serio descalabro por este motivo. Había que hacer algo. Era intolerable que se acusara a inocentes cada vez que había una muerte infantil sin explicar. Helen se entregó a la causa en cuerpo y alma, lo mismo que yo. Trabajó sin descanso para ayudar a otras víctimas de la injusticia y lo hizo tanto en prisión como cuando fue puesta en libertad. Sarah Jaggard y Ray Hines, por citar sólo a dos mujeres, deben agradecer su libertad a Helen. Su labor no morirá con ella».

Sarah Jaggard, de treinta años, peluquera de Wolverhampton, fue declarada inocente de la muerte de Beatrice Furniss, hija de una amiga, que falleció a los seis meses de edad mientras estaba al cuidado de la señora Jaggard. El señor Nattrass ha dicho al respecto: «La absolución de Sarah fue la señal que estábamos esperando para que el público empezara a entrar en razón. La gente ya no iba a permitir que la policía, los abogados y los médicos, movidos por la venganza o la corrupción, la embarcara en una caza de brujas».

La señora Jaggard declaró ayer: «No puedo creer que Helen haya muerto. Nunca olvidaré lo que hizo por mí, cuánto luchó por mí y lo mucho que me apoyó. Incluso mientras estaba en prisión, sin saber si iba a salir ni cuándo, encontró tiempo para escribir cartas en mi defensa a todo el que quería escucharla. Mi corazón sufre por Paul y su familia».

Rachel Hines, de cuarenta y dos años, fisioterapeuta de Notting Hill, Londres, fue absuelta por el tribunal de apelación después de pasar cuatro años en prisión por el asesinato de su hijo y su hija, ambos de corta edad. Julian Lance, abogado de la señora Hines, ha dicho: «Si no hubiera sido por Helen Yardley y JPCI, no se nos habría permitido interponer recurso. Nos faltaba información fundamental. La organización JPCI nos la encontró. La muerte de Helen es un golpe demoledor para todos los que la conocíamos y una pérdida irreparable». No se pudo obtener ninguna declaración de la señora Hines.

La doctora Judith Duffy, de cincuenta y cuatro años, patóloga forense especializada en pediatría que trabaja en Ealing, Londres, fue testigo de la acusación en los juicios de las señoras Yardley, Jaggard y Hines. Actualmente está siendo investigada por el Colegio General de Médicos del Reino Unido, que la llamará a declarar el mes que viene para que responda por su presunta falta de ética profesional. Laurie Nattrass ha dicho: «Judith Duffy ha causado daños y sufrimientos inimaginables a docenas y tal vez a centenares de familias y hay que pararle los pies. Espero que sea eliminada de la lista de patólogos del Ministerio del Interior e inhabilitada por el Colegio de Médicos». El señor Nattrass está preparando actualmente un documental sobre los errores de la justicia de los que cree responsable a la doctora Duffy.